



16ª JORNADA DE LECTURA DE ENSAYOS DE LOS ESTUDIANTES, EGRESADOS Y DOCENTES
DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA [30/04/08]

PERSPECTIVAS QUE CUESTIONAN LA PSICOLOGÍA CLÍNICA

Angie Román

Estudiante de Psicología
FUNLAM

Según Jean Francois Lyotard, en la posmodernidad (explicada a los niños), la posmodernidad es la manifestación de la crisis en la que se encuentran los grandes relatos de occidente, es decir, las grandes explicaciones racionales de la realidad [...] Ello, para un mundo que ha dejado de creer en el poder absoluto de la razón y en la autonomía de las formas puras - ese ahistoricismo al que podríamos llamar modernidad (La ficción posmoderna como espacio fronterizo. Recuperado el 12 de noviembre de 2007, de <http://xochitl.uam.mx/cecad/librosenlinea/zavala/18ficciónPM.pdf>, p. 5).

Si entendemos el prefijo pos como aquello que sigue, que continúa; y la modernidad en relación a la transformación; se supone la necesidad de contextualizar el presente tanto en el pasado como en el posible futuro. En su conjunto, lo posmoderno remite al movimiento en el tiempo. Éste aspecto, no hace alusión a una lozana época, sino, a un nuevo modo de conocer, a un cambio en la forma de contemplar la era existencial. Con el propósito de elucidar lo anterior quisiera hacer alusión a lo propuesto por Vattimo en *Ética de la Interpretación* (1991, p.24): Posmoderno, podemos traducir, es lo que mantiene con lo moderno un vínculo [...] el que lo acepta y lo reprende, llevando en sí mismo sus huellas, como

en una enfermedad de la que se sigue estando convaleciente, y en la que se continúa, pero distorsionándola.

Lo posmoderno como descentralización del proyecto de racionalidad - propio de la modernidad-, posibilita el darse tiempo para la reflexión; con esto de reflexión me refiero al sentido crítico de nuestras formas actuales de cultura, donde se plasman, o mejor dicho, se evidencia el poder que ha ejercido éste movimiento intelectual en las mentes individuales y colectivas que componen el mundo para el cual se dio.

La reflexión debe estar dirigida entonces, a la estampa fenomenológica que nos cualifica como seres humanos dados en relación: la responsabilización de nuestra propia existencia, lo cual conlleva a tener conciencia de mi posición en el mundo y frente al otro, dándome la posibilidad de encontrar respuesta a lo que otros, y yo mismo, a través de la historia, de mi historia y de mi experiencia, me han y me he cuestionado. Para ello, es trascendental tener en cuenta el componente básico en el que se sustentó el posmodernismo, y lo que ahora como seres relacionales (ya sea desde lo familiar, la vida en pareja, lo social o lo terapéutico) permitiría nombrarnos como posmodernos: la *historicidad*. Pero éste aspecto, ligado a su abstracción en lo cotidiano; en fin, a la extrapolación y modificación de formas e identidades.

En todos los casos, lo que está en juego es la presencia del pasado, pues la ficción posmoderna, [...] es una problematización de la historia y de su relación con el presente inmediato. [...] En todas estas formas de ficción hay simultáneamente una preocupación por reflexionar sobre el presente a partir del pasado, y todos ellos incluyen una reflexión sobre su propio discurso. (Ibíd. 1. p. 7).

Con el fin de apoyar lo anterior, es menester resaltar que en el seno de la modernidad, se instauraron diversas sistematizaciones y clasificaciones, desde los fundamentos teóricos que cada una de las tradiciones o formas de hacer clínica fueron arrojando. De tal manera, el ser humano fue concebido desde los ideales científicos de una supuesta normalidad; la mirada hacia el individuo, se sustituyó

por la mirada hacia los libros y manuales que describían, desde los signos y síntomas la enfermedad. En dicho período se aniquiló la subjetividad, la configuración del hombre en su propio relato. En suma, el individuo quedó ligado a la representación de dos papeles, el de fundamento de todas las positividades y el de elemento de las cosas empíricas. Y esto, dado a partir de de la constitución, en el siglo XIX de un singular “*triedro de los saberes*” (Conjunto de discursos (Ciencias matemáticas y físicas, ciencias del lenguaje y reflexión filosófica) que toma por objeto al hombre en lo que tiene de empírico. Foucault), el cual se organiza a partir de la confluencia de unos discursos y de la producción de unos modelos, que sirvieron de base para la consolidación de las anteriores tradiciones propias del ejercicio clínico en la psicología. El modelo biológico por su lado, proyecta al hombre como ser vivo, con un modo de ser orgánico que responde a estímulos y busca la adaptación, y cuyo análisis se origina en términos de función. El modelo económico posiciona al hombre en una irreductible situación de conflicto, y por último, el modelo filológico o estudio del lenguaje, vislumbra al ser en relación con un sistema de signos, compuesto por las huellas de los discursos y de los hábitos.

Por su parte lo contemporáneo, trae consigo la cosmovisión de unas pos-tradiciones, las cuales tratan de emancipar el sustento epistemológico de las Ciencias del Hombre o Ciencias Humanas; es decir, posicionar al hombre como objeto del saber, envuelto en la cotidianidad de la vida, del trabajo y del lenguaje, lograr la aparición de un “*ser empírico-trascendental, cuyo pensamiento esté indefinidamente tramado con lo impensado [...] siempre separado de un origen que le ha sido prometido en lo inmediato del retorno* (Foucault, Michael, 1968. P. 340)”. Así, dichas pos-tradiciones se encomiendan en la tarea de romper con la dicotomía naturaleza-cultura; sumergiendo al hombre en el carácter de lo intersubjetivo, y por ende en la construcción de unos submundos, donde el vínculo con el otro se establece a partir del lenguaje; pero visto éste último, no sólo como un sistema de signos vocales, sino como aquel aspecto que se origina en la situación cara a cara, y que da cuenta de la realidad que se vive consciente e inconscientemente, esto, en la medida en que el lenguaje, desde las Ciencias Humanas (lugar en el cual se ubica la psicología), se articula desde el *intento por definir la manera en que los individuos o los grupos se representan las palabras, utilizan su forma y su sentido, componen sus discursos reales , muestran y ocultan en ellos lo que piensan, dicen, quizá sin saberlo,*

más o menos lo que no quieren, y en todo caso dejan una gran cantidad de huellas que hay que descifrar, y restituir en la medida de lo posible su vivacidad representativa (Ibíd.4. p. 343).

Una de esas pos-tradiciones que aporta la epistemología posmoderna, se refiere al construccionismo social, donde el poder de la palabra se rescata, y la narrativa se convierte en el epicentro de la relación clínica; ya que desde éste elemento, el individuo logra poner en palabras toda su historicidad, su construcción individual y social. El construccionismo social apoyado en el anterior propósito, postula las siguientes premisas: La primera afirma que los términos con los cuales entendemos el mundo no surgen de -ni se corresponden con- lo que el mundo realmente es. La segunda asume que nuestros modos de describir, explicar y representar la realidad derivan de relaciones. La tercera resulta de invertir las anteriores, y afirma que en la medida en que describimos, explicamos o representamos la realidad, así damos forma a nuestro futuro. La cuarta y última premisa asume que la realidad se construye socialmente (M. Molinari. Psicología clínica en la Posmodernidad: Perspectivas desde el Construccionismo Social. p. 8.) Estas consideraciones dejan por sentado que la realidad del hombre es una realidad intersubjetiva, donde el contexto aporta significados e influencias; que aunque son aportados desde lo colectivo son asimiladas en su mayor parte de forma subjetiva, lo que explica que cada persona transmita de diferentes formas la herencia de sus épocas pasadas y las huellas que forjan las presentes. Desde esta perspectiva se introduce el componente simbólico que media en la interacción de los hombres, y desde lo cual se estructura una realidad, se objetiviza lo subjetivo; puesto que según Ibáñez *“el objeto no genera nuestra representación de él, sino que resulta de las prácticas que se articulan para generarlo”* (1993, 1996).

De esta manera, la relación clínica enmarcada desde la perspectiva del construccionismo social busca, a partir de un diálogo colaborativo, entre paciente-terapeuta, *“neutralizar el efecto de las narrativas culturales opresivas o dominantes y lograr que el paciente reconstruya su identidad de acuerdo a lineamientos genuinamente propios”* (Ibíd. 6. p. 11), esto, con el fin de explorar, aceptar y asumir la diversidad o pluralidad de ver y vivir en el mundo.

Asimismo, la línea hermenéutica -como influencia filosófica a la nueva perspectiva en clínica relacional- hace valer una exigencia historicista, tras la hegemonía estructuralista; en otras palabras, este nuevo idioma común de la filosofía, refuta la imposición en las Ciencias Humanas de esquemas de catalogación y descripción, y a partir de dicha postura acentúa la continuación teórica entre autores como *Nietzsche* y *Heidegger*, que no es más que la del Nihilismo, pero entendido este concepto no como la negación o disolución de los valores, sino como el ultrapaso de la metafísica, de la identificación del ser con el ente; puesto que esta nueva ontología (la del nihilismo nitzscheniano-heideggeriano) “*capta el ser como evento, como el configurarse de la realidad particularmente ligado a la situación de una época, que por su parte, es también proveniencia de la épocas que le han precedido*” (Ibíd. 2. p. 11). La hermenéutica conceptualizada de tal manera, permite develar el sentido de las palabras, ir al contexto en el que el sujeto acontece a partir del lenguaje desde el cual existe. Entonces me parece pertinente, plantear que la hermenéutica le posibilita al clínico, a través del acto interpretativo y dialógico, comprender desde lo situacional el sentir y el pensar de ese otro que tiene en frente. Sin embargo, la lectura que hace el clínico no se limita a la implementación de la escucha, al análisis discursivo del juego lingüístico; en la medida en que éste se vale de otras herramientas de igual trascendencia, por ejemplo, se apoya en la mirada; y no desde su tipología, sino desde la mirada misma.

En la relación clínica el psicólogo lee la naturaleza de lo que ve, pues como lo afirma Foucault “*toda verdad para la clínica, es una verdad sensible; la teoría calla o se desvanece para ceder el puesto a la observación y la experiencia*” (Nacimiento de la Clínica. p. 174). El psicólogo en la situación clínica, debe mirar intuitivo, olvidando sus moralismos y evitando abrumar su mirada con dogmas teóricos. La importancia de la mirada que implemente el clínico en el proceso terapéutico, se fundamenta en que dependiendo de la cualidad que tome esta, el hombre será configurado en el arquetipo de máquina- organismo o en la estructura de un ser-evento, una figura holística. En esta medida, la mirada que haga el clínico al paciente tendrá el alcance de dividirlo o de integrarlo en su experiencia.

El paciente por su parte, como dueño de su propia historia y como locutor de su relato, tiene la responsabilidad de permitir la trascendencia de la queja, es decir,

construir una demanda sobre su vida, basándose en su devenir como ser particular y cultural; y teniendo la capacidad de aceptar que su aquí y ahora es una reacción de su pasado.

La clínica psicológica es una experiencia de relación entre paciente-terapeuta, donde éste último debe acompañar al sujeto en su darse cuenta, evitando la pretensión de poseer una verdad absoluta sobre él y su condición, absteniéndose de las explicaciones totalizantes, donde el pensamiento se reduce a lo racional, y por ende, la relación deja de ser relacional.

La cualidad de relación, postulada arriba, obedece a lo planteado por Witmer (1907), pues es preciso esclarecer que la psicología clínica, aunque tome prestado el término de la medicina, no es una psicología médica, en la medida en que aquí el término, es tomado como un método y no como un lugar, en el cual el médico se sitúa al lado de la cama del paciente enfermo. En la relación psicológica, el método se refiere a unas formas de hacer, donde la pregunta que se formula no es estructurada desde el mal funcionamiento, desde lo patológico y desde los modelos ideales de hombre; sino, desde la necesidad que lleva al sujeto consultante a exponerle su sufrimiento y posición en el mundo al terapeuta. De ésta manera, la clínica psicológica adquiere la identidad de relación, atravesada por la indagación y el acontecimiento, una empresa psicológica con su propia especificidad.

Desde mi punto de vista, la relación clínica debe pararse del lado de la perspectiva posmoderna, la cual permite visualizar al sujeto como un todo, en el cual intervienen diferencias múltiples y provisionales que se conjugan con su componente de ser-pasado, ser-evento y ser-presente. La clínica psicológica, al igual que la posmodernidad, debe incluir en su quehacer, elementos retrospectivos, que permitan comprender la ficción de la realidad; donde el discurso y la narrativa del otro, actúen como un puente hacia la interpretación de su mundo interior, haciendo posible el encuentro con lo subyacente.

Este cambio en la concepción de sujeto, respecto a la relación terapéutica, sería la mejor muestra de la permutación paradigmática, en cuanto a lo que ha sido,

o fue en el sentido histórico de la clínica psicológica: la pretensión de una cientificidad, ligada a lo natural y no a lo humano social.

Con la intención de finalizar esta reflexión me atrevo a plantear que todo lo anteriormente desarrollado, permite sumarnos a la idea que propone la visión Foucaultiana, y concluir que *“La experiencia clínica se identifica con una rica sensibilidad”* (Ibíd.9. p. 174.), la sensibilidad de las artes que trae a cuevas el movimiento posmoderno; de ahí que lo relacional de la reciprocidad clínica se fundamente en el arte de concebir al sujeto consultante como un ser-persona, el arte de conjugar el poder de la historicidad con el poder de la interpretación, El arte de dar sentido y existencia a la persona a partir de su relato; el arte de lograr ser un artista clínico.

LISTA DE REFERENCIAS:

Gianni, Vattimo. Ética de la Interpretación. Ed. Paidós. Barcelona. Buenos Aires. 1991.

La Ficción Posmoderna como Espacio Fronterizo. Recuperado el 12 de Noviembre de 2007, de: <http://xochitl.uam.mx/cecad/librosenlinea/zavala/18ficcioPM.pdf>

Michel, Foucault. El Nacimiento de la Clínica, una Arqueología de la Mirada Médica. Ed. Siglo veintiuno, Madrid, España, 1966.

Michel, Foucault. Las Palabras y las Cosas, una Arqueología de las Ciencias Humanas. Ed. Siglo veintiuno. 1968.

M. Molinari. Psicología clínica en la Posmodernidad: Perspectivas desde el Construccinismo Social.